

VI Sección: Reseñas bibliográficas

Alex Solís Fallas. *Política del miedo y desencanto ciudadano*. San José, Editorial URUK Editores, 2012, 126 págs.

Política del miedo y desencanto ciudadano

«Una sociedad que lee y se impregna de buena literatura es más crítica y menos manipulable; más exigente con el mundo en el que vive y con las instituciones que la gobiernan». «Exige más porque sueña y desea más».

Mario Vargas Llosa

Política del miedo y desencanto ciudadano, último libro de Alex Solís, Editorial Uruck, es fiel testimonio de una clara vocación por la palabra, y como tal, también nos recuerda que somos palabra; nuestra vida gira en torno a las palabras pues definimos nuestra realidad, nos realizamos y manifestamos lo que somos con palabras. Pero sobre todo, nos advierte que la palabra es un peligroso bien ya que con ella se puede construir o destruir.

Este texto se centra en la palabra, en su valor y su poder simbólico para escudriñar la dinámica social y política del país de los últimos años, sus contradicciones y ambivalencias. Ciertamente, en el campo discursivo, es decir, en ese

universo de palabras en el que nos movemos a diario, se observan clarísimas huellas de las grandes paradojas que afectan la vida democrática en su esencia misma.

En un periplo por los espacios discursivos públicos, Alex Solís recoge varias voces que, a manera de concierto, delatan la peligrosa manipulación política, pero también la indiferencia ciudadana. Así delinea sus tres ensayos, en el primero: Del “Estado democrático y social de derecho”, se remonta a las representaciones sociopolíticas más arraigadas en el imaginario costarricense y al legítimo discurso que a partir de este se genera; es decir, el discurso preeminente del deber ser que se plasma en la constitución política.

En contraposición a este discurso ideológico, testimonio de las más nobles aspiraciones que sobre el bien común y la vida en sociedad poseen los costarricenses, se teje un universo de palabras engañosas que nos dominan y alienan. Así en el segundo ensayo, expone cómo, de manera inexplicable y en abierta contraposición al deber ser que plantea nuestra Constitución Política, surge, desde las esferas más altas del poder, una estrategia concebida para doblegar la voluntad ciudadana mediante la amenaza, el chantaje y el miedo; una verdadera conspiración contra el pueblo, una traición a los ideales enunciados en la Constitución y, por ende, una de las mayores agresiones a nuestra democracia.

El autor da cuenta de esta confrontación mediante un análisis crítico de las dos vertientes verbales en que se bifurca el discurso de la clase política. Una, la del discurso que se deriva de la política del miedo y se mueve subrepticamente provocando intimidación y control tanto en la esfera institucional como en la sociedad en general. Al respecto se destaca la violencia verbal que caracterizó la campaña oficial a favor del TLC, máxima expresión de la violación de las conciencias y una de las grandes contradicciones de nuestro sistema democrático. En ese contexto, el nefasto memorándum del miedo es objeto de un acucioso examen, como plan de guerra, y como estrategia de palabra que especula con los miedos atávicos del ser humano.

Con un estudio original y riguroso, el autor pone en evidencia los alcances de ese perverso documento que ha sido una de las mayores afrentas infligidas al pueblo costarricense y un peligro para su sistema democrático. Este trabajo constituye un acierto más en su producción ya que al imprimir su crítica en estas líneas, ofrece un análisis de esa fase de nuestra historia desde nuevas aristas y, por ello, constituye un aporte significativo al análisis político nacional.

La otra vertiente discursiva se aborda en el tercer ensayo, se refiere al discurso político falaz y manipulador, generalizado tanto en grandes eventos públicos como en lo cotidiano, cuyo código secreto constituye una traición a los ideales y a la confianza del pueblo. Alex Solís, con su habitual claridad expositiva, saca a la luz las relaciones de poder manifiestas en el lenguaje, el peligro que encierran los discursos de autoridad con sus muy convenientes eufemismos y los sortilegios verbales de ciertos políticos que sumen a la gente en una suerte de encantamiento paralizante.

Devela cómo, en el entramado político y social se consolida una red de enunciados que circulan constantemente y dominan la vida del país y conforman un espacio discursivo que día a día anestesia a la ciudadanía con palabras evasivas, engaños y falacias. Palabras vacías que se escuchan, de manera recurrente, en campaña electoral, al inicio, durante y al final de gobierno; en tiempos de crisis, pero también de bonanza.

También destaca el papel de las instancias de legitimación que validan esos espacios discursivos así como el peligro del silencio. De ahí la imperativa conclusión respecto a la necesidad de que los ciudadanos reconozcan y asuman el poder que como instancias legitimadoras poseen; paradójicamente es el ciudadano el que (no solo deposita su confianza y sus esperanzas sino que también) otorga el poder a la clase política, y por esa vía, a aquellos que le irrespetan.

No obstante la precariedad del panorama descrito, a lo largo del texto, prevalece la voz confrontativa, penetrante y esperanzadora de una conciencia lúcida que alerta sobre la gravedad de la situación actual. Y en ese proceso de confrontación, la palabra que denuncia se vuelve llamado a la conciencia, atinado y consecuente pues se

sustenta en una sólida argumentación. Nos interpela, nos recuerda quiénes somos y cuáles principios inspiran nuestras representaciones de nación, de bien común y de sociedad justa y democrática.

La pluma versátil de Alex Solís ha incursionado en ensayo, novela y poesía. La constante discursiva desplegada en esos diferentes géneros se condensa con vehemencia en esta obra, y por eso, en mi opinión, marca un hito en su producción intelectual.

Y es que, más allá de la exposición de las ideas y el análisis con visos argumentativos, interpela al lector, al ciudadano -principal víctima de este conflicto de relación de fuerzas-, con un transgresor recurso a la ficción, y entonces vemos como el texto nos toma desprevenidos y nos sacude pues sucede que, como ha dicho Octavio Paz, “su ironía destila irrealidad en lo real”. La voz del autor, es ni más ni menos, la de un ciudadano que explora la realidad de su tiempo, la devela, asume rol crítico y plasma sus pensamientos en las muchas palabras con que se teje este texto, con la esperanza también de que se vuelvan acciones y a la larga generen un cambio en el destino del país “más feliz”. Al respecto hace explícita su intención en la introducción: “siento que no tenemos tiempo. El país va mal y, antes de que sea muy tarde, tenemos que hacer algo”.

Por ello, es de destacar la vertiginosa progresión en que evoluciona el texto, poco a poco la palabra se desborda, se desliza ágilmente y devela la vocación del hablante que ante una situación crítica busca a toda costa intensificar el impacto de la palabra. Es así como se instala en los subversivos espacios de la ficción y la expresión lírica, recursos que sin duda definen el carácter satírico de la propuesta. Y esta resulta una eficaz estrategia discursiva pues la fuerza persuasiva del texto se intensifica en un sorpresivo movimiento que hace fluir la palabra de la racionalidad del ensayo a la emotividad lírica, pasando por la ficción y la parodia.

Y aquí quiero detenerme un poco para destacar algunos de los recursos de composición de la obra que por ser inspirados en una fuerte vena satírica, dan como resultado un juego de palabras y configuraciones muy sugestivo. En su afán de

convencer de la gravedad del acontecer político nacional, el autor pasa del nivel del lenguaje directo que plantea un razonamiento ideológico; es decir que apela al intelecto del lector, y por medio de la ironía, a la esfera de sentimientos y emociones. Veamos, resulta que después de dos ensayos analíticos nos encontramos con una tercera parte donde se produce un salto discursivo radical y es que entonces nos damos cuenta de que en realidad el texto está narrando parte de la historia de un país donde los protagonistas, agentes controladores, son los integrantes de la clase política. Los ciudadanos, agentes pasivos que sufren las acciones de estos sin reacción alguna.

Por un lado, el hablante describe su percepción de la situación, el segundo plano de esas acciones expuestas anteriormente y que componen la trama política. En una especie de transe onírico, observa a unos actores pasivos, sus posibles interlocutores, a la ciudadanía indiferente a la palabra, en su gran mayoría aletargados en un plácido silencio, en fin, dormidos en su mundo. En medio de esa situación de estancamiento surgen figuras simbólicas, también portadoras de palabras que hacen eco de la voz del autor que le acompañan y validan su discurso, así dando un carácter fantástico al relato, desde su nave Franklin Chang deja caer una misiva exhortativa, este personaje funciona estratégicamente por su condición de hablante cuya legitimidad es reconocida en el espacio social que nos ocupa.

Por otro lado, la expresión lírica encuentra su espacio de manera muy sorprendente y los recursos utilizados son diversos: en una configuración tan subversiva como eficaz, aparecen otros dos personajes también de una gran fuerza simbólica por ser tomados prestados de la ficción y, no exentos de ironía salen del mundo literario, e irrumpen, cargados de conocimiento, con sus pergaminos bajo el brazo, su mirada externa sobre los hechos y su palabra incitativa: ellos son, Cide Hamete, gran portador de la historia del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y Melquiades el gitano, uno de los personajes clave de *Cien años de soledad*. Tales serán los solidarios mensajeros, voces externas legitimadas con la autoridad que les confiere el conocimiento, cuya vigencia más allá de los tiempos, les permite acompañar al autor en su misión de sacudir las conciencias adormecidas. Con este acertado recurso se reta al lector a descifrar el significado de semejantes apariciones.

A esto se une otro elemento de gran valor simbólico: los muros. Ellos van a confiar en la fuerza expresiva del muro, espacio por excelencia donde los excluidos han grabado sus preocupaciones políticas y sociales y donde también se han tejido los caminos de cambio social de una nación. Con sus grietas y quebraduras, el muro es testigo tanto de ignominias como de horas felices. Ellos los pintan con palabra hecha poesía, y lo hacen precisamente, ¡vaya ironía!, en los muros de la Asamblea Legislativa y la Casa presidencial. Ahí, van a exhibir palabras que pertenecen a todos, las más significativas máximas democráticas enriquecidas con musicalidad poética para, de manera natural, calar hondo en las memorias [e incitar a construir](#).

Como hemos visto, el texto delinea un ciclo completo cuya armoniosa configuración está determinada por el fin que persigue. Así amalgama tres ensayos: “Del Estado democrático y social de derecho”, “Del memorándum, el miedo y el chantaje político” y “De encantamientos y desengaños”, este último seguido de los diferentes recursos literario señalados.

Evoluciona así, de la identificación de la palabra, el análisis crítico, la confrontación y el diálogo constante con su destinatario hasta cerrar el ciclo, también persuasivo, con una exhortación final que toma diversas formas. Y así como alerta al ciudadano sobre el encantamiento de la palabra y el peligro del silencio; en concordancia con Pierre Bourdieu, la tesis de Alex Solís parte de la premisa siguiente: “el campo político es, en efecto, el lugar por excelencia donde los agentes buscan formar y transformar las visiones de mundo y de esa manera, actuar sobre el mundo mismo: es el lugar por excelencia donde las palabras son acción y donde se manifiesta el carácter simbólico del poder”; con esa convicción del poder de la palabra, desafía a su interlocutor a crear un nuevo espacio discursivo donde el diálogo y la palabra veraz sean los hilos que tejan el inicio de la urgente acción transformadora.

En fin, la palabra proferida por el autor cumple a cabalidad con su noble propósito, pues con optimismo exhorta a renovar la confianza en los preceptos constitucionales garantes de la dignidad humana y el bienestar general y a emprender la acción para construir una Costa Rica mejor. Al alzar la voz por los que guardan silencio, al enarbolar oportunamente la bandera del Estado democrático y social de

derecho, fiel construcción de la esencia del ser costarricense, asume con valentía una responsabilidad histórica. Y como es habitual en su trayectoria de escritor, su obra contribuye a la formación de un espíritu crítico y al desarrollo de una cultura política: tal es su principal legado a nuestra sociedad.

Alma Aguilar

20 junio 2012